

# Aprender de Dios: vivir el momento presente y caminar un paso tras otro. ¡No te apresures! Estaré contigo.



Por Elena Suárez

Sabía que necesitaba un retiro espiritual. Había estado dirigiendo mi negocio durante los últimos diez años sin ninguno, así que mi alma lo anhelaba. El Camino de Santiago había estado en mi "lista de deseos" y siempre pensé que lo haría cuando terminara mi carrera, para ayudarme a decidir qué hacer en mis años de jubilación. Mientras planeaba mi Camino de Santiago, el Señor intervino y me reorientó hacia el Camino Ignaciano. Y me alegro mucho de que lo hiciera.

Mi padre fue educado por los jesuitas en Cuba, y yo fui bautizado por un sacerdote jesuita allí, pero esta peregrinación fue mi primer contacto con la Espiritualidad Ignaciana. Qué bendición fue para mí que el P. José Iriberry me presentara a San Ignacio. Tener esta introducción mientras seguía el mismo camino y estaba en algunos de los mismos lugares en los que San Ignacio vivió, rezó, luchó y se regocijó es un regalo por el que siempre estaré agradecido y nunca olvidaré.

El viaje exterior es mucho más fácil de describir que el viaje interior, pero intentaré relatar algunas de las percepciones y gracias que

recibí en este Camino:

- "La vida es como una peregrinación, a veces hermosa y a veces dolorosa". "Una vida tranquila y sencilla es el estado de ánimo de la peregrinación". Estas fueron algunas de las palabras que escuché del P. José en nuestro primer encuentro. Sentaron las bases de lo que estaba por venir. La rutina diaria sin tener que preocuparnos de qué comeríamos, dónde nos alojaríamos, qué nos pondríamos, etc., y la capacidad de estar simplemente en el momento para disfrutar de las sorpresas y experimentar las luchas eran exactamente lo que mi espíritu necesitaba.
- El tercer día (nuestra primera caminata larga, que no fue nada comparada con algunas de las posteriores), se me saltaron las lágrimas un par de veces. Al principio, me conmovió la belleza del lugar por el que caminábamos y la gratitud que sentía por poder estar allí, por tener tiempo para vivir este viaje y por conocer y caminar con estas personas tan increíbles. Más tarde, cuando se hizo muy difícil subir la montaña en la que estábamos ese día, las lágrimas volvieron a brotar. Esta lucha física me puso en contacto con todas las luchas de mi vida. Uno de mis compañeros de peregrinación caminaba en silencio unos tres metros detrás de mí y, a través de él, sentí la presencia de Jesús y recordé cómo Él siempre ha estado caminando en silencio



detrás de mí, vigilando para asegurarse de que no luche más de lo necesario. Cómo Él siempre está listo para atraparme si me caigo. Cuántas veces ha estado ahí para salvarme de mí mismo.



- El cuarto día también fue exigente físicamente, pero tuvo un final alegre. Las Hermanas del convento de Eguino se alegraron mucho de vernos, nos lavaron la ropa (una de tantas sorpresas) y tuvimos tiempo para reflexionar. Vine a esta peregrinación con la pregunta "¿Qué quiere el Señor que haga a continuación en mi vida?". Durante la homilía de anoche, el P. José sugirió que tal vez no haya una respuesta específica a esa pregunta. Tal vez mi respuesta sea simplemente ir paso a paso (como en nuestro caminar) y confiar en Él. Tener fe en Él y centrarme siempre en lo que puedo hacer "para mayor gloria de Dios".

- Día 6: En la anotación de hoy en mi diario escribí que me había dado cuenta de que reacciono demasiado a las opiniones de la gente y que tengo que olvidarme de eso. No recuerdo los detalles, pero definitivamente es algo en lo que debo seguir trabajando.

• Días 7 y 8: El Padre nos hace centrarnos en nuestros pecados desde la perspectiva de la distancia entre el gran amor de Dios por nosotros y la forma en que respondemos a ese amor. Una de las lecciones más valiosas que recibí en este viaje me llegó en un sueño la noche del día 7, creo que como resultado de centrarme en que me quejo demasiado. La ampolla que se me estaba formando en la planta de uno de los dedos del pie y el dolor en los muslos, las pantorrillas y, en realidad, en la mayor parte del cuerpo, habían llegado a un punto en el que no sabía cómo iba a caminar otros 17 km al día siguiente y 32 km al siguiente, y me estaba quejando mucho de ello. Betty, mi amiga de toda la vida, apareció en mi sueño esa noche. Betty murió el año pasado de una enfermedad muy rara que deteriora lentamente todos los músculos del cuerpo con el paso del tiempo. Al final de su vida, era incapaz de levantar los brazos o las piernas. Cuando me desperté, me di cuenta de que ella había venido a recordarme que diera gracias por tener músculos que dolían. No recuerdo haber sentido el dolor que



había después de eso. También recibí el mensaje de que el Señor quiere que deje de quejarme.



- Dar uno de los pasos más largos del Camino nos deparó una de las sorpresas más felices enviadas por Dios para ayudarnos en este día de caminata más largo: ¡El perro Rufo! Rufo nos guió durante la mitad de la caminata hasta Jorba, el día de 35km. Él trajo un sentido de diversión y alegría a la caminata que yo más había temido al anticipar lo larga que sería. Fue otro recordatorio de que hay que confiar en el Señor y no anticiparse. Él siempre estará ahí para ayudarnos en nuestro camino, paso a paso.

- De camino a Monserrat, el día 11, el P. José nos hizo reflexionar sobre lo que dejaríamos simbólicamente en el altar de la Virgen Negra, nuestra Señora

de Monserrat, y lo que nos pondríamos, como Ignacio había hecho con la espada que dejó y la túnica de peregrino que se había puesto. Después de cambiar de opinión varias veces a lo largo de nuestra caminata de aquel día y de reflexionar sobre lo apegada que estoy a mis comodidades y a hacer siempre las cosas a mi manera, decidí dejar mis deseos egoístas y ponerme la túnica de la humildad. No será fácil, pero me esforzaré por conseguirlo con la gracia de Dios.

- Llegar a Manresa fue una experiencia agridulce. Me alegré de haberlo conseguido. El desafío físico había terminado y la sensación de logro era estupenda. Sin embargo, sabía que nos acercábamos al final de nuestro tiempo juntos y me sentía triste por ello. A decir verdad, no quería irme de Manresa. Estaba perfectamente dispuesto a quedarme en la Cueva de San Ignacio para siempre.

Desde que volví a casa, he pasado por muchos sentimientos. Me he sentido triste por haberme separado del grupo. Que once personas al azar de todo el mundo pudieran reunirse en un momento y lugar específicos para compartir este viaje físico y espiritual, convertirse en una familia (durmiendo, comiendo, caminando, riendo, llorando y compartiendo nuestras vidas juntos) y luego tomar caminos separados y tal vez no volver a vernos nunca más ha sido difícil de procesar para mí. Al final me di cuenta de que cada persona con la que había vivido este Camino era un regalo de Dios, como todos los demás regalos que me había mostrado en el Camino. Debía disfrutarlos en el momento, sin ataduras. Dios quiere que me apegue sólo a Él y quiere que esté abierta y disponible a los nuevos regalos que quiere darme hoy.



Entonces, ¿qué es lo próximo para mí? Definitivamente quiero seguir aprendiendo y profundizando en la espiritualidad de San Ignacio. Buscaré libros, retiros locales, y espero encontrar un sacerdote jesuita que pueda orientarme en el camino. Puede que incluso vuelva y haga la peregrinación de 30 días dentro de dos o tres años.

Y mientras tanto, me centraré en lo siguiente:

- Sólo poner un pie delante del otro, recordando que soy un peregrino en mi vida.
- Confía en Dios y ten fe en Él.
- Reflexionar sobre lo mejor y lo peor de cada día y lo que Dios está tratando de decirme a través de ellos, agradeciendo sus sorpresas y mis luchas.
- Recuerda ayudar a los demás a "recorrer la milla y soportar la carga".

Mayo de 2018

